

Curro Rodríguez
Teoría de la
Catástrofe

A Sara y Diana.

Quien me aguanta y Quien tendrá que aguantarme

<i>Prólogo</i>	6
<i>Tonto el que lo lea</i>	13
<i>Alaridos en favor de Nadie</i>	17
<i>Escuece</i>	30
<i>Cristal Ardiendo</i>	38
<i>Solo Dos Bostezos</i>	45
<i>Jinetes</i>	52

Pr o l o g o

Cuando Mary Shelley escribió su *Moderno Prometeo*, apenas necesitó de una justificación extensa y argumentada para poner en escena la historia de un doctor carcomido por los deseos de soñarse demiurgo, todo un Dios Creador, y retratar un mito conocido y desarrollado ya desde antiguo, siendo una constante en prácticamente todas las civilizaciones letradas conocidas, incluso en sociedades con diferentes escalas de complejidad. El *Golem* diseñado en el laboratorio del Doctor Frankenstein, reflejaba los anhelos (truncados como se verá), o más exactamente los delirios, del género humano de verse, no solo como transformador y aniquilador nefasto, sino como creador supremo de vida. Y este es un asunto, que aun no habiendo sido superado de ninguna de las maneras, seguimos entendiéndolo como una parte irrenunciable y perfectamente reconocible del *ser* humano y sus obras. Sin embargo, el pequeño monstruo que a continuación se presenta, no se identifica con un

sueño civilizatorio, ni tan siquiera con las cualidades naturales (o divinas) de la creación que puedan asumirse como reconocibles en la literatura universal. Lejos de tan pretenciosa labor, el autor de esta recopilación de textos entiende conveniente justificar, o al menos poner en contexto, el significado holístico de los mismos.

La mayoría de los textos aquí publicados tienen unos antecedentes encuadrados de forma un tanto difusa desde el punto de vista formal literario. Es decir, lejos de presentarse formalizados dentro de una publicación seriada, o al menos con cierta continuidad editorial, son fruto de la actividad *fanzinera* del propio autor, de la informalidad editorial y la libertad de formato. Durante un periodo de 5 años, bajo nombres tan diversos como *Child War*, *Mil Ventanas Ciegas* o *Catastrophe Theory*, el formato *fanzine* fue el encargado de recoger ciertas inquietudes literarias y estéticas (rehúso a utilizar el calificativo de artísticas por las graves connotaciones mercantilizadas y vanas que hoy

posee el término) que plasman, entre otros, los textos recogidos en este volumen. Ni que decir tiene, que aspectos como los montajes, amantes siempre del corta-y-pegar artesano (nada de tecnologías informáticas), el precio, generalmente gratuitos o ajustado para cubrir costes de fotocopia, y la distribución, siempre permaneciendo subterránea y con una clara filosofía *Hazlo-Tu-Mismo*, han sido las constantes durante este periodo de actividad tan fecunda. Por el contrario, aunque este aspecto nos proporciona alguna pista y ciertos indicios para entender globalmente esta edición, no solo no muestra la intención profunda de su contenido, sino que puede llegar a vulgarizarlo inequívocamente para las gentes no versadas o conocedoras de la punta del iceberg *fanzinero* en el que se adscriben los textos. Poco importa esto. No es mi intención la labor de prologar ejercitando la exégesis de mis propios escritos, y si se señala de esta forma, es para hacer notar que el génesis editorial tan poco convencional aludido solo es un acicate esencial más del contenido mismo. Llamadlo como queráis:

Provocación, Locura, Misantrópía, Infierno en la Tierra, Distopía...Es en este universo donde formato y contenido cobran plena significación y del que esperamos no sea un bulto excesivamente pesado en un viaje no exento de pesadillas, somnambulismos, experiencias narcóticas y catarsis contra-heroicas de toda índole. Bajo párrafos reducidos o desarrollados en renglones más extensos el punto de partida suele ser el mismo, cierto humanismo (puesto que es el ser humano el centro de las narraciones) atravesado por una plena negatividad dialéctica, perseguido por la sombra oscura y difusa de su existencia cotidiana y asediado por la demencia de sus propias acciones. El final del trayecto, cuando menos, es incierto. Final escatológico, catarsis nuclear, la muerte en vida, o sencillamente la redención por la revuelta. Infierno y paraíso terrenal separados por un hilillo de mierda en descomposición. En resumidas cuentas, una broma de mal gusto, pero de esas que al final hacen surgir o trazar una leve sonrisa en el rostro, por la ironía, por la complicidad o simplemente por la

hipocresía. Somos así de Magníficos. Espero que lo disfruten.

“ Yo, como el archidemonio, llevaba el infierno en mis entrañas; y no encontrando a nadie que me comprendiera, quería arrancar los árboles, sembrar el caos y la destrucción a mi alrededor y sentarme después a disfrutar de los destrozos”.

Frankenstein- Mery Shelley

Tont o el que lo
lea. . .

Recuerdo en los años de la Educación Básica que un siempre malhumorado cura somasco nos recordaba cuan contradictorio suponía grabar en nuestros astillados pupitres la sentencia: “Tonto el que lo lea”. La lógica aplastante del somasco evidenciaba nuestra ignorancia en primer lugar y la necedad tácita del autor del grabado en segundo, tanto en cuanto era el primer interesado y, por tanto, perjudicado de su propia hazaña. Siendo el primer lector de su propia sentencia en tanto que autor, “tonto el que lo lea” pues.

¿Qué extraño recurso de la razón hacía suponer a cada alumno que pasara por aquel pupitre mancillado y leyera la máxima referida, que fuera tonto cuando menos, y no caer en la cuenta que comenzando por escribir esta desafortunada frase se cae en el pecado mortal que se denuncia? El mecanismo retórico utilizado no es ajeno al discurrir vulgar del pensamiento, haciéndonos suponer que libramos nuestra alma de la necedad valorando positivamente la del resto del Universo mundo,

cuando en realidad somos más tontos cuanto menos pensamos que lo somos.

En un cartel publicitario, de la misma manera, se anuncia divertida obra cómica- teatral bajo el arcano nombre “Tonto el que lo lea”. Suponemos, en primer lugar, que coloca en el punto de mira a todo un abarrotado abanico de viandantes que son susceptibles de leer el cartel. En segundo lugar, dada la posibilidad de hacer caer en la cuenta a todo el común de lo realmente estúpido en origen del autor de una obra titulada de tal guisa, no nos queda mas remedio que proclamar la falta de talento para insultarse así mismo y al Universo Mundo de una forma más sutil, amen de esta particular autodefinición. ¿Acaso nos encontramos ante un signo inequívoco de la estulticia generalizada en estos tiempos?

Tonto el que lo lea pues, pero leyendo. El pupitre de mi clase de la Educación Básica sería visitado por al menos un alumno por año, sin tener en cuenta la

multiplicidad de pupitres grabados y la movilidad de clases del alumnado. En el cartel publicitario mencionado encontramos que los acusados de suma tontería son potencialmente todos los sujetos capaces de ver y leer. En todo este mar de estulticia se nos hace creer (leer) que somos tontos leyendo, porque de otro modo, para no caer en la tentación de poder leer en un pupitre o en un cartel cuán estúpidos somos, mejor no leer y así nos ahorraremos este valle de lágrimas de la estupidez. De este modo tanto si leemos como si no alguna suerte de tontería nos toca, por lo que nadie está a salvo de lo ingenioso, y misterioso, de nuestra sentencia, todos tontos y santas pascuas, porque el círculo vicioso comienza y acaba en el Sócrates que levantó la pluma para ser el primero en leer lo tonto que es uno para luego, creerse que los tontos son los demás, y así ni hay quien lea, ni hay quien escriba.

Alaridos a favor
de nadie I

“Lo habían traído de madrugada y ahora era ya entrada la mañana y él seguía todavía allí, amarrado a su horcón, esperando. No se podía estar quieto. Había hecho el intento de dormir un rato para apaciguarse, pero el sueño se le había ido. También se le había ido el hambre. No tenía ganas de nada. Solo de vivir. Ahora que sabía bien que lo iban a matar, le había entrado unas ganas tan grandes de vivir como solo lo puede sentir un recién resucitado.”

Juan Rulfo. Diles que no me maten.

Eran las 12 del medio día. El aire apestaba, por una extraña razón, a azufre. Había llovido y esta vez no me había abrasado tanto. Valor sin tapujos salir a la calle en un día así. Ya he vuelto y me apetece un té de pistacho. Subo las escaleras del primer piso y accedo a través de la vieja trampilla de madera del rincón a mi particular retiro y evasión. Allí también olía a azufre. Un golpe, dos, hasta tres. Alguien había venido a visitarme ¿Qué hacer? Decidí que en la casa no había nadie, así que no respondí. Pasaron un par de horas según el reloj que me había clavado al suelo y allí seguía absorto mirando la pared del fondo, pretendiendo darle vida al mosaico que el

juego de luces y sombras, también mis pupilas, por qué no, estaban reproduciendo cual película impresionista de los años 20. Extraños objetos. Algo perturbó mis inquietudes estéticas del momento, aquella situación un tanto asfixiante, pero sin duda, no nos engañemos, cósmicamente gratificante. Era una espesa cortina de niebla, humo o aire denso que se estaba colando por el resquicio de la puerta, por el marco, por las bisagras, e inexorablemente por la cerradura. Olía a azufre y sin embargo no era lluvia, no abrasaba. Me puse mi careta anti-gas. No sirvió de nada. Un pitido, dos, hasta cien. Asma. ¿Quién había llamado a la puerta? Me parecía mentira que por aquél entonces aún me sorprendiesen este tipo de cosas, hacía mucho tiempo que todo había perdido su antiguo sentido. No me acostumbraba a vivir rodeado de sombras, de nieblas, espectros de ayer y mañana, fantasmas que apenas pueden respirar. ¿Quién había llamado a la puerta? Fuese quien fuese o fuese lo que fuese había dejado un regalo que se estaba colando por todas las rendijas de la puerta. No lograba encontrarle el sentido a

nada. Hoy especialmente. Son las 12 de la Media Noche, el aire apestaba, por una extraña razón, a azufre. Apenas recordaba que estaba haciendo allí sentado, mirando la pared. Había olvidado comer, puede que no recordase el sentido de la risa, o de la carcajada. Un golpe, dos, hasta tres. Otra vez... ¿Quién será? ¿Qué ha cambiado? Vuelvo a ahogarme. Creo que voy a dormir ¿Me acordaré?

Alaridos a favor de nadie II

Pozzo: ¿No ha terminado de envenenarme con sus historias sobre el tiempo? ¡Insensato! ¡Cuando! ¡Cuando! Un día ¿No le basta? Un día como otro cualquiera, se volvió mudo, un día me volví ciego, un día nos volveremos sordos, un día nacimos, un día moriremos, el mismo día, el mismo instante ¿No le basta? Dar a luz a caballo sobre una tumba, el día brilla por un instante, y después, de nuevo la noche ¡En marcha!

Samuel Beckett. Esperando a Godot

...Me duele un ojo, será mejor que vaya a cagar. Hacía unos días que no apretaba el esfínter del culo, posiblemente haya salido un coágulo de ácido, puede que se me olvidara comer. Duele. Pude pasarme allí sentado unas 6 horas, se hizo de noche. Me di cuenta de lo que hacía cuando dirigí mi atención al rollo polvoriento de papel que había justo a mis rodillas en una especie de columna jónica. Tenía que limpiarme. Vaya, se había secado, tendré que ducharme. Qué difícil es todo cuando no

hay motivos para nada. Lo cierto es que una nueva aventura se presentaba. No había agua corriente, al menos agua que no ensuciara más de lo que estaba, así que tenía que bajar al porche y achicar agua de un pozo que había excavado con un antiguo plato de acero. Si todo seguía las antiguas leyes de la física, el agua debería brotar y mejoraría mi crujiente esfínter. Al fin podría limpiarme. – ¡Buenas tardes!, Tiene mal aspecto esa herida. Cuídese-.

Alguien gritaba desde la otra acera aunque me pareció que estaba muy cerca de mi tímpano. Al fin el chorro salió y, sinceramente, no me escoció, de hecho, me hubiera quedado en aquella posición, medio en cuclillas, medio alzado, el resto de la tarde. -¡Buenas tardes!- su culo tiene mejor pinta -. Había anochecido a las 3 de la tarde, pero aquellas gentes seguían dando las buenas tardes. Decidí levantarme y volver por donde había venido, quién sabe cómo, quién sabe por qué.

Por suerte aun recordaba donde había escondido la comida. Sólo eran un par de zanahorias frescas y

unos perennes granos de soja. Tenía una pizquita de sal que guardaba desde hacía 60 años, igual menos. Todo era sencillo: cortar zanahorias, cocer habas, echar la sal. Pero, espera un momento, si quiero cocer las habas debía volver a por agua, y una cosa era limpiarse el culo que sin desprecio me ven los vecinos y otra muy diferente aventurarme a por un cazo de agua. Sospechoso. ¿Qué significaba aquello? ¿Comida en el barrio? Podía alegar mis dotes como jardinero. ¿Jardinero de qué? Hacía que no veía una mísera planta por aquél lugar desde... ¿Qué ocurrió? Me empezaba a cansar de afrontar cada día, cada instante cual empresa fatídica, con un valor que no tengo, que ya se extinguió. Comer o aburrirse. Soñar o morir de hambre. Por casualidades de la vida, según encadenaba mis pensamientos, me fijé en le cráneo de un perro tirado en medio de la calle ¿Cómo habíamos llegado a esto?

Las horas avanzaban y todo eran preguntas y más preguntas. Con todo conseguí llegar hasta el pozo, achicar agua, llenar mi cazo y arrastrarme hasta el

porche de mi casa. Todo era sencillo: cortar zanahorias, cocer habas, echar la sal.

Al aridos a favor
de Nadi e III

*“Ahora cuando la visión se desvanece
En ondas de cristal o de agua clara
La realidad que nadie
Mas que el yo puede mirar, decir si es
o acaso
No ha sido mas que ¡Ahora!, un sueño,
Desde la esencia de Torre
A la que todo el mundo se haya
anclado
Para mirar la vida en sobresalto
distendido,
Todo es cúmulo de imágenes
Que no nos representan
La vista se nubla...”*
Carlos León Liquete. La Humanidad Escuerta

Uno se siente diferente después de haberse alimentado. Sería un bonito recuerdo cuando me fuese a la cama, mañana un bonito sueño y pasado mañana una horrible pesadilla...

Había vuelto a llenar de mierda mis tripas y cual necesidad encadenada necesitaba alimentar lo que yo pensaba que aún podía ser mi cerebro. Nunca me faltó la lectura. *“Las grandes herejías de la Europa Cristiana”*, pensé mientras recorría con la vista una

estantería repleta de antiguos volúmenes, algunos carcomidos por la bacteria de la celulosa. “*Antropología social de las sociedades complejas*”. NO. “*Apuntes sobre las pasiones humanas*”. NO. “*In Girum Imus Nocte Et Consumimur Igni*”. NO. Tenía la decepcionante sensación de haber leído y releído todo, aquellos libros, en aquel sillón monoplaça, con una taza de té de pistacho en la mano. Pero algo en una esquina estaba pronunciando mi nombre, llamándome la atención. Era un antiguo baúl con el barniz corroído y apunto de saltársele las coyunturas. Algo había allí con un aspecto irresistible, no tuve más remedio que abrirlo y ojear... Pasaron 6 horas, era de día, levanté la vista y el baúl seguía allí. A su lado, junto a mis pies un decrepito volumen yacía dado la vuelta: “*Informe sobre la Última Cruzada Nuclear: El Aire*”. Caí de espaldas sobrecogido, con la mandíbula desencajada. Algo había fulminado mis sentidos: la memoria. Poco a poco había ido recordando inexorablemente en el mundo en que vivía, lo que ocurrió con nuestra vida una vez llegó el “*Aire*”. Por fin comenzaba a

entenderlo todo: los golpes a la puerta, la niebla sabor azufre, el color de mis heces, la muerte del tiempo progresivo, la continúa repetición, sobrevivir...Todas aquellas preguntas angustiosas finalmente se resumían en una ¿Sobrevivir? Era tan simple que apenas podía cogerle el sentido. Toda esa gente de ahí fuera, toda esa gente de aquí dentro, recuerdos, sombras de ayer, espectros del mañana que dan las buenas tardes y te señalan con el dedo ¿Sobrevivir? Descanse en paz.

Escuece

(O Como Decidí Acabar Con el Mundo)

Isidore Ducasse *in memoriam*.

He ido a parar con mis huesos en lo que parece y funcionalmente es mi habitación. He recibido una misiva. Una funesta noticia se ha colado por el resquicio de la puerta para ir a parar resbalando a los pies de la cama. No queda otro remedio, he de salir a la calle, la necesidad lo impone. La misiva fijaba una hora y un lugar concretos, fuera de la ciudad, quizás en sus cloacas, no lo sé. Un humo espeso, perfumado, me ha indicado el lugar exacto: Allí debería finiquitar el mundo, o al menos una parte nada desdeñable. Acto seguido, los cánones de la belleza, las mansiones de fino mármol verde, y vuestra cara de estúpidos desaparecerán en un inmenso desagüe. No os preocupéis, una fina bruma con un inconfundible aroma a charas os guiará para no regresar más. Un zumbido y se acabó. Todo sencillez.

He tenido que abandonar mi refugio, mi seguridad, para hacer firme la noticia. La sugerencia era clara.

Yo decidía. No necesitaría a nadie más...Acababa de salir en la búsqueda del camino hacia la mansión de *Thelos* , cuando una sombra quiso echarse sobre mi y dejarme cual criatura recién nacida, desnudo y preso del instinto: No lo consiguió. La marca del acero japonés hizo honor a su nombre y una fina rodaja de ondulados sesos cayó sobre el polvo de la calle. Sobre la arena, el gladiador había muerto y el esclavo continuaba su camino.

Nuevas señales surcaron los cielos apremiando mi empresa: una nube en forma de hacha, un quetzal con una granada en sus garras, un ala delta sin rumbo a punto de estrellarse contra una nube en forma de pirámide...Dos calles más y estaré un poco mas seguro en aquella tienda de golosinas y pan del día. Sin embargo debo continuar. Dos inhalaciones entrecortadas, temblor en las piernas, y ojos bañados en púrpura: el Odio. Un primer suceso carnívoros que no sería el último, un nuevo latido y una nueva pulsión de nervios; Sin duda se trataba del estruendo de una maquina con motor ligero, de dos ruedas. Se

acercaba y estremecía la calle. No tuvo éxito: Un nuevo sablazo acabó con la cabeza y el casco de legionario rodando por cientos de kilómetros de asfalto hasta llegar a reposar en una tumba labrada en caliza, precedera cual castillo de arena arrollado por una ola del mar embravecido. Gesto titubeante y sonrisa desgastada que llegó a secarme la boca: el Odio.

Nuevo recorrido de asfixiantes espacios abiertos. Comienza a nublarse verde mohoso, verde descomposición, parece que va a tronar mierda. El tiempo a premia, he de llegar al punto de destino señalado, y el aroma de esencia cremosa y cristalina de bazar afgano me susurra la dirección correcta. *He recibido la vida como una herida y he prohibido el suicidio que cure la cicatriz.* Así me deleitaba con los versos de antihéroes ajenos en mi devenir hacia el final. Pero cual mi sorpresa, que al doblar dos esquina meadas más, se puso a llover. Escocía, o bien pensado, arañaba cual felino en celo o intoxicado por inhalar lejía, y la cara de las gentes

que circulaban por las calles no mostraban sorpresa alguna, quemaba sobre quemado, y se formaban pústulas sobre otras que ya existían.

Cerca del río, las ranas ni siquiera croaban, sólo vomitaban un espeso líquido que las impedía respirar y comunicarse correctamente. Los cisnes, ni que decir tiene, no eran tal, o al menos aquellos sacos de huesos con pico postrados sobre el cieno, apenas tenían nada de ave majestuosa, ni a gorriones se parecían ¿Quizás vampiros? ¿Quizás más enemigos? Y aunque todo es posible, ya nada importa, solo desplegar el libro de instrucciones y poner en práctica la poética del fin: Llegarás allí y te bajarás lo pantalones, la digestión hará el resto. Una buena idea, dulce y jocosa, un gesto levemente obsceno y el mundo se acabaría tal y como lo conocemos.

Según avanzaba, la lluvia se tornaba en un verde más oscuro, casi con un brillo enigmático que me hizo recordar los tiempos clásicos en la península del Yucatán, un verde sin duda labrado en jade, por

eso dolía sin tregua. Y por las desavenencias y juegos alucinatorios de mi mente, la asociación se presento de lo más real, una imagen, un tumulto, sacrificio a corazón abierto...Así acababa y volvía a empezar todo, y el Sol bien alimentado se sentía con fuerzas de volver a repartir vida y muerte un día mas. Hoy la sangre y la vida no valen nada, ni siquiera para vomitarla como las ranas, por eso todo se acaba, se disipa.

Pero antes detengámonos en la orilla del río, junto a un nido de arañas de mas de seis metros y unos pocos bejucos deshechos por la fiebre. Observemos la piel deforme de una manta raya que al parecer se ha equivocado en corriente oceánica, observemos solo un minuto y veremos qué nos depara este alto en el camino. ¡Ahí está! Un cangrejo con filiación de cetáceo ha asomado sus dos ojos extensibles sobre las turbias aguas. Se dirige hacia la manta raya, la acaricia, se diría que la lanza besos, hasta que la devora jubilosamente, acabando la faena con un desconcertante pedo acuoso invitando a los

espectadores a no tomar jamás un baño. Menudo espectáculo. Espero que os halláis fijado, porque continuamos, no queda mucho.

Y sin embargo, me he permitido la licencia de incluir vuestra persona, vuestro plural, en este relato como compañero de viaje, que sin apenas rumbo nos dirige con decisión a un final seguro. No hay otra posibilidad, si debo acabar con el mundo, al menos dignaos a acompañarme, para que luego la historia no diga que fue solo un monstruo el que acabó con todo. Esta es una cena que también os pertenece y no pueden quedar ni las migas.

¡Oh! Que veo, un guerrero asirio-babilonio intenta detenerme y esta vez la frialdad del sable no bastará para despejar el camino. Mejor arco y flechas de vidrio endurecido y hojalata oxidada: una muerte mas digna para un bastado nuevo. Mas no pareciéndome suficiente, emponzoñemos con un poco de veneno de sapo y araña el bodoque: sucio y eficaz. Diez metros, cinco, tres, unos, ¡blanco!

Esperemos sea el último. Nuevo triunfo de un esclavo que no necesita los aplausos de cualquier espectáculo.

Por fin he llegado. Un trueno me avisa que es el momento, una luz me coloca en el lugar preciso, y una muchedumbre de quejumbrosas hormigas grita su nombre implorando piedad. Silencio se ruega, silencio, la función a terminado, y el telón se ha descolgado sepultando toda la tramoya. No llueve, no truena, el sol no volverá a salir. Finalmente la calma, el Odio, Silencio...

Cristal ardiente:

Sueños de Una Tarde de Verano

*“Esta noche, hay baile en mi calle
hasta ahora no se ha visto
semejante alborozo y jaleo.
Hay baile en mi calle...
Ha habido baile en mi calle...”*

Edith Piaf. Bals dans ma rue

No es extraño que haya cogido el autobús. Me esperan por delante 45 minutos de novedosa rutina que apenas sentiré vivir. Espero que nadie se siente al lado de mí, ya me he encargado de poner mi mochila en el asiento de al lado, no soporto a la gente pero tampoco profeso devoción por la soledad absoluta, no se, no me encuentro bien cuando estoy demasiado solo.

Era la bonita hora del crepúsculo, y en este pueblo los atardeceres son especialmente cautivadores, la magia del fuego solar recorre minuto a minuto, un segundo detrás de otro este valle sembrado de un siniestro silencio, pero sin embargo con un océano de vida que insiste en arengarnos el sinsentido de esta perpetuidad. Hoy prefiero no leer, prefiero abstraerme en el hipnotismo que se ofrece detrás del

cristal, un simpático pero conmovedor atardecer incendiario que por momentos me ofrece mayor deleite que la lectura un tanto espesa de Lukács.

Aquella silueta me resultaba familiar, creo que era yo, o quizás el reflejo del cristal, pero ahí estaba estampada mi cara con un contorno áureo anaranjado, yo diría aceitoso. Es curioso saber que ese no eres tú y la facilidad con que me agarro a esa imagen, demasiado bonita y desdibujada como para no ver lo que hay detrás.

Algo ha llamado mi atención, a pesar de que sigo somnoliento por el espectáculo que se me ofrece, una chispa ha borrado esa estúpida cara que seguía atónita mirando un punto concreto y perdido entre la oreja y las cejas de mi reflejo. Esa chispa era real, con substancia ígnea, no una escueta alucinación de viaje. Es increíble la velocidad con que el fuego inunda la gasolina y prende la banalidad, parece increíble que la *fábrica* que todos los días veo impenetrable, estática, sin vida, ahora la vea ardiendo bajo la gozosa mirada y el éxtasis de aquellos que ayer formaban una hilera inerte para

entrar silenciosos por el umbral de la casa del Dios Producción. Entonces sí que era una chispa, un incendio que no era precisamente el de mi cabeza, un tanto calentada por el cristal y la deformidad de mi reflejo.

Extraña sensación, aunque no era nueva en absoluto, sabía de qué se trataba aquel cosquilleo nervioso que otras veces me ha recorrido el cuerpo, esa alteración casi enajenante que me producía la adrenalina. Esta vez era cualitativa y cuantitativamente diferente. Tenía unas enormes ganas de mearme encima, de reír a carcajadas sin temor alguno, de tirarme un cuscú sin precedentes para avivar el fuego de la lujuria. Parece que el tiempo se ha detenido, o quizás a retrocedido para tomar carrerilla y dar vida a la Historia que aún no había empezado, dar vida a la realidad humana más absoluta.

No podía dejar de pensar en esa fábrica. ¿Qué ocurría? ¿Acaso era el fin de una obra con perfecto decorado? ¿Acaso el *Espectáculo* llegaba a su fin y la vulnerabilidad y la muerte del Sol lo estaba anunciando?.

Una imagen mucho más fugaz que la anterior se interpuso entre yo y la visión de mi reflejo. Era un coche, excesivamente grande y lujoso, aunque ya no quedaba mucho. Un grupo de gente dismantelaba a pedradas y bastonazos aquel símbolo, aquel producto de la miserable plusvalía. Entonces si era cierto, el telón va a caer de un momento a otro y los encargados de desmontar el escenario ni siquiera han querido esperar al final de la obra (si es que lo tiene), demasiado larga y tediosa, un drama trágico demasiado dilatado como para esperar el final. De todas formas muchos conocían el final, sólo había que adelantarlo.

La orgía incendiaria seguía extinguiéndose allá por donde el público, cansado de ser tal, quería no solo dejar de ser espectadores y pasar a escribir el guión. Mi viaje continuaba y el estúpido reflejo que antes me brindaba el cristal estaba desapareciendo. Apoyé mi frente sobre éste y noté un ligero calor que se fue convirtiendo en quemazón. No fue ni siquiera una señal de lo que estaba pasando. Una *escuela* de adiestramiento para la defensa del orden estaba

ardiendo, una pira de bultos verdes se quemaba mientras un tumulto de gente bailaba y gozaba el momento. Era la gota que colmaba mi vejiga. Me meé encima.

El Sol prácticamente había desaparecido y dio paso a un juego de luces y sombras avivado por la infinidad de hogueras que se multiplicaba por doquier. Un cuartel militar, un restaurante Mc Muerte, aquella entidad bancaria que veía todos los días con algún cristal roto... Todo ardía gracias a los deseos voluptuosos de aquellas gentes.

Es autobús estaba llegando a su destino y yo daba vueltas cual simio en mi asiento, en el asiento de al lado, en las piernas de la de atrás, en la espalda del conductor, en el pasillo del autobús. No podía explicar con palabras aquella emoción, aquel sentimiento de lujuria, rabia y desenfreno. Así que dejé escapar un leve pero descontrolado orgasmo, una sensación parecida a esos sueños eróticos que llegan cualquier noche, pero más real, más intenso, más salvaje. Era la fiesta del caos y el desorden. El miedo de la gente a la supresión de la rutina y la

miseria cotidiana había desaparecido, sólo lágrimas y alegría fluían por las calles a punto de ser reinterpretadas, apunto de ser vividas.

El tiempo tomaba forma y ya no me hizo falta el reloj de mi muñeca, ni siquiera el papel con los horarios de autobuses. Sólo mi mochila y su contenido: Unas gasas, unas botellas y cinco litros de mucha rabia y placer incontenido y dos litros de néctar para que esta revuelta sin fin se extienda hasta el último rincón de este podrido mundo, y por supuesto... el ácido que todo lo corroe. Hoy no vuelvo en el último autobús.

Solo Dos Bostezos

*De cómo continué mi empresa de hacer
desaparecer lo existente y los gases que
aquello me produjo.*

“Al entrar en mi casa, mi mujer me abrazó y me besó. Al no estar acostumbrado al trato de aquel odioso animal desde hacía tantos años, me desmayé y así estuve durante casi una hora. En el momento en que escribo, han pasado ya cinco años desde mi último regreso a Inglaterra. Durante el primer año no podía soportar la presencia de mi mujer o mis hijos y sólo su olor me resultaba intolerable. Mucho menos podía aguantar el comer con ellos en la misma habitación. Hasta ahora, ninguno de ellos se atreve a tocar mi pan ni a beber de la misma taza, así como tampoco permito que me cojan la mano”.

Jonathan Swift. Los viajes de Gulliver

Cambiamos de escenario, olvidemos el terraplén y el esperpento ecológico del lugar, no eran reales. Encendamos el cajetín de los fusibles y hallémonos cabizbajos, en una esquina cualquiera con una alcantarilla cualquiera, tampoco importa, sólo el haz de luz que se arroja en perpendicular hacia la visera de una gorra empapada en sudor. Una luz tenue, tan anaranjada como la planta de mis pies, y sin embargo no parecía derrochar centelleos. Aquella fea, monótona y un tanto retorcida farola era el lugar de la cita... ¿Pero que cita? Nadie asomaba el pescuezo por las calles. Sólo un nutrido grupo de ancianas se agolpaban detrás de los visillos de una ventana de un 5º piso. Todas se apretaban y se esforzaban por ver quien entrecerraba los ojos mejor para no ver nada al fin y al cabo. Saludé sin respeto y comencé a caminar...

Ahora la realidad: un tipo un tanto alto y grueso, con anteojos de última generación y afeitado milimétrico entorno a la boca había despertado mi confusa y embotada atención. No fue su aspecto, ni

sus maneras, ni tan siquiera el posible contenido de su cartera. Tampoco importaba. Era la única rata Humana a pie de calle dispuesta a asumir hasta las últimas consecuencias sus decisiones. Pues bien, respiró dos veces, la última se entrecortó y la tercera apenas fue una exhalación. Cayó fulminado igual que si acabase de llegar de una jornada agotadora y alienante de trabajo asalariado y se arrojase a la comodidad del sofá, sonrisa incluida. Así que por lo menos lo pasó bien el bastardo. Incluso parecía semen aquella viscosidad que le colgaba de la perilla. Hubiese preferido algo más romántico, en otro lugar y en otro tiempo, con otros colores quizás. Pero no había para nada más. No-hay-nada-para-nada-más. Es increíble hacer realidad el deseo de fulminar con la mirada, ni siquiera me había movido de mi posición hierática inicial. Seguía apoyado en aquella farola cuya bombilla apuntaba a una parte de la gorra que llevaba. Un bostezo, dos, pensemos. Vaya, las ancianas se habían esfumado, solo quedaba un poco de ceniza pegada a las ventanas diluida en sudor.

Seguía esperando, por un momento pude cambiar la mueca de mi rostro y reírme copiosamente de aquellas viejas que habían desaparecido. Aquella estampa me era familiar, aquellos nudillos amarillentos evocaban en mis sienes un recuerdo un tanto obtuso pero asfixiante a su vez, debía recordar... Eso era- *No utilizar los puños*-. De hecho ¿Para qué? Precisamente poseía el don de fulminar con la mirada, con la imaginación, con lo cual, para qué maltratar aquellos nudillos nicotinosos. Ahora veamos... Miré hacia arriba, la farola seguía allí. Miré a un lado, a otro y comencé a caminar, sin prisa, esta vez sí. Crucé la calle y deposité una pequeña flema a los pies de la escalera bajo la cual cayó fulminado aquél tipo risueño. No pareciéndome lo suficiente reverente y correcto, deposité otra flema debajo de la ventana antes abarrotada por aquellas viejas insolentes.

Era media noche y no tenía absolutamente nada en el estómago, es mas, en lo más profundo de mis

entrañas suplicaba por algo de sustento. Decidí que el picante era una buena opción y opté por abrir las puertas de un pequeño cuchitril acondicionado para la venta de comida etíope. Una bellísima mujer de rostro apagado me dio las buenas noches casi en susurros, como en la lejanía, perdiéndose en un mar de silencio. Aquello me gustó. Ni siquiera aquella hermosa mujer etíope se había alterado lo mas mínimo, así que pedí, comí, digerí con una taza de té y me marché. Una mirada cómplice entre ambos bastó para despedirse. Mi estómago volvía a funcionar.

Atravesé la ciudad, puede que lo hiciera a lo largo de varias, la zancada me perdía el ritmo. Fui a parar a un descampado y una voz comenzó a recitar: *...Y los reunirá en un lugar llamado Armagedón. El último vertió su copa en el aire y salió del templo una gran voz que venía del trono diciendo: está hecho...* Comencé a reír profundamente y saqué algo del bolsillo del chubasquero. Era una antigua grabación en donde se recitaban versos de la

Revelación bíblica judeocristiana en una conferencia sobre el Próximo Oriente Antiguo. Reí de nuevo y pensé: Solo me faltaba la solemnidad de una banda sonora acorde con la escena. Y según me intentaba replicar a mí mismo, una estruendosa aerofagia inundó el ambiente. Ahí tenía mis acordes musicales. Fue la señal y signo de lo idóneo del momento. Aún con la imagen de aquella etíope en la cabeza empecé una seguidilla de pedos y mas pedos, la cassette seguía sonando, sonaba una risotada generalizada, y un pequeño temblor de tierra y cielo hizo que me quitara la gorra. Por fin se acabó. Un bostezo, dos, al tercero ya no quedaba nada, solo un agridulce olor a comida etíope que perfumaba el desastre.

Ji net es

I. El Sueño.

Aquel pinar no era como el resto. Tampoco lo era la fina hierba que subyacía a sus pies. Ambos, pinar y césped, fulminaban el contorno de La Escena con un pálido centellear en verde sofocante.

No sería extraño en pleno corazón urbano, en una alcantarilla o cerca del basurero de un restaurante de comida rápida, en una de esas partes traseras donde se agolpan varias centenas de harapientos cadáveres en busca de los restos de salsa de varias centenas de envoltorios. Tampoco sería extraño ver ese verde asfixiante cubriendo la taza del water de cualquier cuarto de baño posmoderno o, los mechones de pelo malsonantes de cualquier hipócrita de moda.

Entendámonos, el pino y sus hermanos, la hierba y sus aledaños, formaban parte de un paisaje idílico, penetrante, propio para el sosiego. Ahora ha sido mancillado, ultrajado por el alquitrán, el dióxido de

carbono y el aliento de centenares de seres humanos desasosegados dispuestos a corroer el último aliento no domesticado del paraje.

Muchas otras veces cabría pensar en la alucinación, pero no era el caso. Rondaba el atardecer temprano y podía percibir con plena lucidez el fenómeno. ¿Acaso eran chillidos aquellos centelleos? ¿No podrían ser los alaridos de un plañir catastrófico que conoce desde la causa primera hasta el efecto último? De cualquiera de las maneras no importaba lo que pudiera significar aquello, ni lo que pudo ser, ni será...

Dos amigos vagando camino abajo, camino arriba, pero siempre hacia delante cuando, un trueno partió en dos la escena y el estruendo que produjo quebró el suelo dividiendo a cada uno de los dos en una isla particular de soledad. El verde se ahogaba en gris y la cara de descomposición de los antaño Inseparables mostró el grado de incertidumbre propio del momento, propio de aquellos tiempos. Se

respiraba dolor, se sentía el gemido del trueno y por empatía la desolación de aquellos *vaciados de sentido* que jamás continuaron su camino.

Allí quedaron llorando la poética de la situación, allí quedaron recitando un epitafio tantas veces advertido, pero jamás tomado en consideración, repitiendo una y otra a vez la misma condena causando un eco infinito de desolación.

II. El Despertar.

La ventana en frente, mis calcetines en el suelo al pie de la cama, y el retrato de mis padres apoyado en la mesilla. Un charco de sudor en la sábana formando una silueta familiar: cabeza grande y cuerpo estrecho. Estaba soñando con verde...y gris.

Me he levantado y he ido derecho al lavabo para meter la cabeza debajo del grifo. Por una de esas razones de asociación me he acordado de mi padre al reflejarme en el espejo, quizás por mi nariz o será quizás por la ceja esta maldita que nunca deja de señalar al sol. Creo que he soñado con él. La impresión del agua me obliga a recordar y sin embargo a olvidar poco a poco el sueño que acabo de tener, y sumergirme en una pantanosa senda de la memoria que me lleva a acercarme a ese ser tan lejano, pero ahora tan presente.

Debía de tener 6 ó 7 años, iba de la mano de mi padre y unos pasos por delante iba mi madre

hablando por teléfono. Recuerdo que me iba dando consejos concernientes a la realidad. Realidad que hoy me empuja al cajón del escritorio y que entonces no podía imaginar que acabaría con mis padres.

- Mide tus palabras, hijo, siempre mide tus palabras.

Mientras, entrábamos en un banco, yo me quedaba fingiendo haberme extraviado en la puerta. Me veía rodeado de gente adulándome y preguntándome donde vivía y quienes eran mis padres. Al rato veía salir a mis viejos con un poco de prisa. Una señal de mi madre, y se acababa la comedia: -Creo que he visto a mi papá en la cera de en frente-

Sirenas, carreras, gritos, sudor, gestos de incomprensión y sorpresa. Un hombre alto con maletín explicaba a un poli mi estatura. Era como ir al circo...

Nunca permanecíamos más de una semana en el mismo barrio, y si la ciudad era demasiado pequeña,

nunca más de tres días en la urbe. Puede que hubiese recorrido más ciudades, barrios, pueblos, aldeas, ríos, montañas, desiertos, playas, que cualquier chaval a los 6 ó 7 años.

-Mide tus palabras- Me repetía de cara al espejo.
Más agua.

III. Hormigón.

Mis padres me enseñaron a ver la calle como un mundo peligroso, atestado de contratiempos una esquina si y otra no.

- Buenas tardes- Documentación por favor.
- Póngase a un lado y saque lo que lleve en los bolsillos.
- ¿Eso es todo? ¿Para qué necesitas una mascarilla anti-gas?
- Soy alérgico a la ciudad.
- ¿Me estás vacilando? De cara a la pared. Vas a ver lo gracioso que soy. Y a mí
¿También me tienes alergia?

(Aprendí a medir mis palabras. *Te ahorrarás problemas, juega tus cartas, utiliza la estrategia, se invisible y cierra la boca*).

Un par de collejas y unas risitas entre los dos polis. Incluso me devolvieron la mascarilla. Me quedé

sentado delante de ellos hasta que siguieron andando. Esperé, me hice invisible y esa noche me presenté en el portal del poli que hacía de malo. Era un bloque de pisos no muy diferente al mío, incluso había un tipo con pinta de fumar diesel con crack a un par de metros del portal.

El poli había decidido seguramente que pegar a su hijo y reírse de su mujer le aburría y esa noche salió para tomar unas copas. Le seguí. Entró en un bar de su barrio donde por unos 30 pavos podías llevarte a una habitación a una niña de 12 años, un transexual o un negro enorme. No se ofertaba más. Lo que me pude reír. El desgraciado eligió a una bonita transexual que tenía los pechos al aire y lucía un tanga rojo con una flor bordada justo encima de la raja del culo. Dejé que gastara su dinero y a la salida allí estaba yo, acabando una chusta, la gorra bajada impidiendo mostrar mi cara. Era tarde y no había un alma en la calle, solo un yonqui tirado en la cera con los ojos en blanco y una capa de mierda enorme en un pie que tenía sin zapato.

El poli malo era de lo mas gracioso. Casi le dejo continuar su ronda nocturna a ver donde acababa, pero me había hartado de estar en la calle, ahogándome en la paranoia mirando detrás de mi cada minuto. Le afeité el cuello, ni siquiera gritó. Se desplomó seguramente por la borrachera y tanta sangre en sus manos. Agarré sus pelos, pinté sus labios con carmín chillón e introduje en su chaqueta maloliente un tanguita precioso perfumado y una hoja de periódico mal recortada de la sección de contactos en el bolsillo.

-Buenas noches-

IV. Lecturas.

No recuerdo que he soñado. Un volumen de pastas gruesas me oprimía la vejiga. Tengo que mear. Debí dormirme leyendo las Guerras del Peloponeso. Creo que algún día debería redactar una Bibliografía Consejera de todas aquellas obras que directa o indirectamente me aconsejaron o comentaron mis padres, y que hoy, incluso después de haber leído muchas de ellas, yo mismo puedo comentar. Lástima que no pueda expresar mi parecer y discutir su contenido con los viejos.

Existen dos maneras de obtener conocimiento: De forma directa y de forma indirecta. La primera supone tratar con la realidad tal y como se nos muestra, tal y como nos consume y golpea. El conocimiento derivado de tal experiencia debe concretarse en una práctica, en una actitud. La segunda, quizás menos peligrosa para la integridad física, supone aprender de todo aquello que otros se han dedicado a conocer, anotar y concluir para que

el resto del mundo pueda vapulearlo o reconocer su mérito. Esta forma de conocimiento supone potenciar la agilidad de elección. Si llegamos a combinar ambos llegaremos a una meta, a un punto de no retorno, a la tumba. En el camino encontraremos la elección: acabar con el mundo o quitarnos la vida. Mis padres decidieron acabar con el mundo y les robaron la vida que habían conquistado. Yo era demasiado pequeño, pero las cosas no han cambiado.

El timbre. La prensa encima del felpudo.

- Buenos días señora Ramírez, ¿Que tal esa pierna?
- Cada vez más podrida hijo, creo que hay que cortarla. Ahora dicen que trabajaba demasiado, pero nunca me dieron la baja, decían que eran imaginaciones mías. Entrando de nuevo en su casa murmurando algo sobre la madre de alguien.

POLICIA DEGOLLADO FUERA DE SERVICIO.

Aparentemente relacionado con un ajuste de cuentas con el mundo de la prostitución.

Dejé de leer, ya me sabía el final: Que si Oficial con Honores, que si Padre de Familia y Excelente Policía, con un currículum intachable....Lo bueno es que ya casi nadie se lo creía, demasiados polis buenos degollados en un callejón con algunos gramos de crack o algún que otro teléfono comprometido dentro de sus calzoncillos. Seguiremos con Tucídides, aun tengo un rato hasta que vengan a buscarme.

V. Jinetes.

Abandoné las Guerras del Peloponeso y comencé a prepararme la comida. Tenía un poco de seitán en la nevera que aun podía rebozar y algo de repollo que podía condimentar con sésamo y cominos. Acabé con lo que pude y me desplomé en la cama mirando el mural de restos humanos que tenía pegado al techo. Encendí un peta y...timbre.

- Vamos tío, levanta, ábreme, soy yo.

Abrí la puerta y vi aparecer un caballo blanco, el jinete tenía arco, se le dio una corona y salió como vencedor, para vencer. Jairo era un tipo nervioso, sin uñas y sin dientes, pero con una inteligencia fuera de lo normal, razón por la cual había perdido sus uñas y sus dientes.

- *Tu eres un listillo ¿No?- Ya sabemos el final...*

Cuando llegaba a casa me daba un sopapo en la espalda y se ponía a hurgar entre mis libros para ver si había robado alguno nuevo.

- ¿Quién crees que ganó la batalla del cálculo, Newton o Leibniz?- dijo Jairo.
- Creo que venció el caos- Respondí tajante.
- Toda esa literatura fractal te va a volver loco. Un día vas a perder el juicio.
- Quizás, es una cuestión de probabilidades. Toda la vida es incertidumbre...
- Je, je, dame unas caladas de ese porro apagado.

Había conocido a Jairo en los pasillos de un Centro Comercial con una bolsa repleta de libros. Choqué con él y el botín de ambos se cayó al suelo armando un jaleo terrible y una marabunta de miradas dirigidas hacia nosotros. Salimos en la misma dirección con paso ligero y casi sin quererlo nos vimos juntos fuera del lugar con unos veinte libros robados entre ambos y con una cara de imbéciles

que no podíamos con ella. Nos presentamos y acabamos en el parque de al lado fumándonos un peta de rica hierba que Jairo se hizo. Desde entonces compartimos el amor por la lectura y el odio por la gente.

- Hay un poco de ensalada encima de la mesa, acábatela si quieres.
- La verdad es que el petilla me ha dado algo de hambre- Respondió Jairo peleándose ya con un pedazo de repollo imposible de tratar con sus encías desiertas- Nos esperan...Erz...y Tibal ahí abajo, no te imaginas que...sorpresa...traen esta vez...- Intentaba explicar con la boca llena.

Me asomé por la ventana y *vi aparecer un caballo negro, cuyo jinete tenía en las manos una balanza.* Era Tibal al volante de una furgoneta como aquella que llevaban Aníbal, Fénix, Murdock y M.A. Barrakus, con línea roja incluida.

- ¿De donde la han sacado?- Dije con aires de aquel que ya no se asombra de nada.
- Mejor no preguntes, je, je- Respondió Jairo prudentemente.

Cerré la puerta, eché la llave y bajamos corriendo. En el portal estaba Tibal con unas llaves colgando de sus dedos señalando a la furgoneta. Dentro, colocado en el asiento de atrás apareció *otro caballo rojo, a su jinete se le dio poder para quitar la paz de la tierra y hacer que los hombres se mataran unos a otros, y se le dio una gran espada*. Era Erz con una sonrisa de oreja a oreja.

Tibal y Erz eran hermanos...mellizos. Uno de los dos, nunca recuerdo cual, nació antes y disfruta del absurdo privilegio de ser el mayor. Ciertamente a mí me parecían iguales. La única y especial diferencia se pronunciaba una vez se dejaban conocer. Erz era un tipo callado, casi autista, pero siempre nos sonreía, aunque solo cuando estaba con nosotros, el resto del tiempo miraba a sus zapatos o al horizonte

cuando merecía la pena. Siempre pensé que su sitio era habitar la línea del horizonte, allí donde nadie le molestase, allí donde nadie se atreviera a desencadenar su fuego. Tibal era todo lo contrario, quizás demasiado locuaz, el típico bocazas que parece no saber medir su palabras. Por supuesto todo era apariencia. Quizás Tibal fuese el tipo con mayor ojo analítico que haya conocido. Su boca solo se limitaba a tantear el terreno. Sabía manejar las ocasiones y sacarlas provecho. Había recibido tantas palizas que ya se las sabía todas. Ambos hermanos nacieron en una prisión de México D.F., obligados a vivir allí hasta su mayoría de edad. Sus padres habían logrado asentar un próspero negocio de venta de armas con conexiones en el norte, en Ciudad Juárez. Hubo un chivatazo y todo se fue al traste, incluso parir de forma normal, en casa o en un hospital. A diez días de nacer Erz y Tibal, fueron arrestados y como no pudieron sobornar al juez, acabaron encerrados con una condena de 20 años. Pero al padre lo acuchillaron unos sicarios pagados por algún traficante envidioso y a la madre, bueno,

después de tener a sus mellizos decidió que la vida solo vale la pena si se acaba pronto, así que empezó a fumar basuco y acabó picándose una droga nueva que se producía a partir de Diesel, pegamento y un poquito de heroína. Demasiado para una madre viuda. Así que Erz y Tibal salieron custodiados por el Estado mexicano, los pusieron a trabajar y cuando se hartaron huyeron a ninguna parte, o quizás a todas a la vez. Hoy han aparecido con la furgoneta del Equipo A.

- Un Negro Gordo con 100 kilos de oro en el cuello me la ha prestado a cambio de un par de litros de leche de soja- Dijo Tibal.

Risotada general y para adentro.

- Coa nos espera en el parque. O tiene un plan de vacaciones o su viejo se ha vuelto a largar. Se la veía contenta- Dijo Jairo.
- Me alegro- Pensé.

Cuando llegamos, bajamos la cuesta, y allí, sentada en el muro, *apareció un caballo pajizo, cuyo jinete se llamaba muerte, el abismo la acompañaba*. Coa y su bóxer nos miraron y esperaron a que llegáramos. Abyss saltó hacia la cara de Erz chupándole la nariz y las orejas hasta dejarle una baba enorme colgando del lóbulo de la oreja. Era el único al que no ladraba.

- No os podéis imaginar lo que me ha pasado. Abyss se ha encontrado una cartera con mil pavos en billetes, documentación, fotos, y una guía de teléfonos- Dijo Coa tal vez con la sonrisa menos forzada que haya puesto nunca.

Coa era una tipa muy pesimista, sólo su perro y a veces nosotros la sacábamos de un agujero que se autoreproducía como una espiral, *ad infinitum*. Nunca estaba satisfecha con nada, nunca se creía nada, y de alguna manera nunca veía solución para nada porque no había nada que solucionar. Por eso puso a su perro el nombre de Abyss. Pero hoy era

diferente, Coa reía. Al parecer su viejo había desaparecido, llevaba semanas sin llamar a su puerta para pedirle dinero o alguna botella de licor.

- El tipo de la cartera debe de estar forrado, soltero y sin hijos- Observó jairo echando un vistazo al contenido de la cartera.
- Suena bien- Dije yo mirando al resto con cara de complicidad.
- Tenemos furgoneta, algo de pasta, información, y lo que es mas importante, no tenemos nada que perder salvo horas de aburrimiento- Sentenciaba Tibal provocando el consentimiento de todos.
- ¿Podré divertirme entonces?- Murmuró Erz y siguió mirando a sus zapatos.

Me dediqué a pasear con Abyss, que hasta parecía mas tranquilo por la noticia, por aquel parque. Necesitaba pensar. La verdad es que todos teníamos planes para salir de aquel vertedero de ciudad, asfixiante y maloliente, apestando a humanidad. Se

que a Jairo no le importará hacer un viajecito cuanto más lejos mejor, pero si Coa decide ir por su cuenta se echará para atrás. Aún no ha entendido que a Coa no le atrae en absoluto, de hecho creo que ningún hombre la atrae, pero Jairo ha construido su propia caverna platónica en donde encierra la imagen de Coa para sí. Tarde o temprano eso le consumirá, y él mismo sabe que en toda esa literatura que ha engullido no se encuentra la solución a sus pasiones. Jairo se desborda de pasión. Pierde el control y deja de razonar. Al final se muerde la lengua, se fuma un porro y decide pasear una hora para calmarse.

- ¡Vamos, hay cosas que hacer!!- Me gritaba Tibal a lo lejos.

Mientras iba a su encuentro pensaba en los mellizos. Ellos no se separan, y a Erz le gusta Abyss, le comprende, se siente más a gusto con animales no humanos que sujetos de su misma especie. Puede que seamos inseparable, si inseparables.

- Será mañana por la noche. Hoy Erz y yo nos dedicaremos a reconocer el terreno con la furgo. Estaos preparados a partir de las doce. Sentenció Tibal con esa cara de estrategia que se le ponía cuando había algo interesante que hacer.

VI. Pesadilla.

- Buenas noches señora Ramírez. ¿Qué tal esa pierna?
- De mal en peor, ahora me dicen que trabajé...

No quise oír más y mientras cerraba la puerta de casa, se colaba la voz de la señora Ramírez por la cerradura.

Caí exhausto encima de la cama: esqueletos y restos humanos; hambre y sed; sueño y sopor. Esta noche no habrá lectura. Calaveras y descomposición. Me pesan los párpados...

Doblamos la esquina, todo en calma. El sol se colaba por las nubes y formaba un extraño efecto de claridad fuera de lo normal. Aceleramos y llegamos a la estación de metro. Son seis paradas. Subimos la escalera mecánica. La calle. El mismo tipo de efecto de luz dominando el ambiente. Pero, un momento, no es el Sol. Un inmenso foco alógeno dispara su

cañón de luz delatora sobre nosotros. ¡Corred! Salimos del metro, tropiezo, mi madre me recoge, alcanzamos a papá. ¡Corred! Sirenas, gritos, algún que otro disparo. Mi padre en el suelo. Nos miramos. ¡Corred! Consigue levantarse pero lo perdemos de vista. Mi madre comienza a toser. Bronquitis. Sus ojos del color del ébano me miran fijamente y me piden que prometa algo. Nervios, sudor, asfixia. Rompo a llorar, mi madre sale corriendo y yo me quedo en un portal, asustado, con asma, solo...se oyen disparos...tengo sed.

Han pasado quince años y sigo teniendo las mismas pesadillas. Unas inmensas ojeras se apoderan de la mayor parte de mi cara. Me cuesta respirar. Miro el reloj. Son las seis menos cuarto de la mañana. Mi madre se levantaba a esa hora para ir a esclavizarse al trabajo antes de dedicarse a disfrutar de la vida.

Bien, hay que preparar el material. Me dirijo al *escritorio* y saco del cajón una pipa automática. El cargador está vacío, para evitar tentaciones.

Desmonto la pistola, la limpio, la engraso y vuelvo a montarla. Introduzco el cargador. Una por una introduzco las balas en la recámara. Listo. Será mejor llevar la cara tapada, no vaya a ser que surja algún testigo impertinente con ganas de jugar a ser ciudadano, o peor aún, héroe de turno. Sudadera negra con capucha, pantalón negro, zapatillas negras. Aún es de noche.

VII. Sangre y Vino.

El día había transcurrido tranquilo, leyendo, comiendo, haciendo algo de deporte y revisando una otra vez el material para esa noche. De vez en cuando las imágenes encadenadas y asfixiantes de la pesadilla de anoche aparecían flasheantes por mi mente cual instantánea de fotomatón. Mi padre en el suelo, mi madre corriendo, el portal...mucho odio.

Desde aquel día no volví a ver a mis padres. Me enteré que habían sido detenidos y conducidos al Hospital porque la poli los había cosido a balazos. Al día siguiente mi padre moría agonizando en una cama de Hospital. Mi madre aun pudo aguantar una semana más encerrada en la Cárcel. Ante la desesperación de tener que elegir entre una muerte lenta en una celda o acabar con el sufrimiento para siempre y mandar a la mierda este mundo, eligió la mas digna y libre elección que podía hacer: Se picó en el suero de la enfermería unos 50 miligramos de lejía y poco a poco fue consumiéndose hasta dejar de

ver la pesadilla cotidiana que la había arrastrado hasta ese punto de no retorno.

Me asomé por la ventana y el Sol estaba ocultándose detrás de una hilera de edificios simétricos repletos de carteles luminosos que invitaban a morirte cada día un poco más. Trabajo-Consumo-Ocio-Trabajo-Consumo-Ocio...Trabaja y Muere. Sin embargo el juego de luces de aquel atardecer era espléndido y me divertía. Pocas veces recordaba un rojo tan intenso en las puestas de sol de aquella ciudad, lo cual me dio fuerzas y quedé reconfortado pensando en las pocas horas que me quedaban para lapidar mi vida en aquel agujero. Esto se acaba.

El reloj de la mesilla apuntaba unos minutos para el final del día. Hacía mucho calor y el sobaco me chorreaba bilis. Me lavé la cara. Ahí estaba de nuevo esa ceja, esa nariz, esa imagen. Timbre. Detrás de la mirilla estaba Jairo y Coa.

-¡Somos nosotros, abre!-

Venían preparados, todo de negro, en señal de irónico luto, salvo Jairo que llevaba una bonita flor rosácea de hibiscus asomando por el bolsillo de la sudadera.

-¿Todo listo?-

-Andando.-

Miré hacia atrás con la sensación de olvidar algo, pero llevaba todo en la mochila y en mi memoria. Si todo salía bien solo tendría que volver allí unos minutos, recoger mis libros y objetos imprescindibles y no volver jamás. Abajo en la furgoneta estaban los mellizos y Abyss, sonriendo. De hecho todos sonreíamos. Estábamos emocionados, no por la juerga de esa noche, sino por la impaciencia de una nueva vida. Nos faltaba cuerpo para retener tanto sentimiento apasionado, tantos nervios desbordados y tanta alegría. Me sentía bien.

Antes de ponernos en marcha, nos miramos unos a otros sin decir nada, pactando tácitamente, con la mirada, continuar juntos nuestro camino por el momento, acordando en el silencio las necesidades de todos y cada uno de nosotros con respecto del resto.

Llegamos alrededor de las doce y media enfrente de un chalet de tres pisos a los que se sumaba una buhardilla en un barrio residencial de las afueras. El guardia de seguridad de la urbanización no supuso un obstáculo serio, estaba demasiado borracho para enterarse de nada. De todos modos debíamos ser rápidos y silenciosos para no alarmar la sosegada e imperturbable paz del vecindario. Timbre.

-¿Pero quien coño es a esta hora? - Desde el otro lado de la puerta.

-¡Correo urgente!-, -¿Señor Sachetti?-, ¿Fernando Sachetti?- Traigo un paquete para usted. Es urgente.

Se acercó a la mirilla y vio a Tibal que se había colocado una barba postiza con un paquete en las manos, uniforme de mensajero y la furgoneta del Equipo A aparcada delante de su casa. Entreabrió la puerta.

- ¿Qué significa esto?- Dijo.

Traigo un paquete urgente a nombre de Fernando Sachetti desde Estocolmo.

Habíamos puesto un remite real de los muchos que el tipo tenía en su agenda. No le debió disgustar tanto cuando a los pocos segundos se oyó correr varios pestillos y apareció un tipo alto pero barrigón con bata de seda negra y unas iniciales bordadas en rojo en el bolsillo. Iba descalzo y parecía fatigado. Cuando aún seguía sudando y jadeando como un cochino, Tibal y Erz aparecieron desde ambos lados de la puerta. Éste agarró el cuello del tipo apretando tanto que apenas se oía un pitido desde lo mas

profundo de sus cuerdas vocales espachurradas, lo justo para no asfixiarlo. Mientras, Tibal apuntaba su frente con una semiautomática e inmediatamente detrás Coa y yo, dejando a Abyss el honor de cerrar la comparsa.

Cinta americana en la boca, tobillos y muñecas.

La cosa era un tanto extraña. Al parecer el personaje en cuestión era un sádico. Tenía una importante colección de animales exóticos disecados en una pared entera. Justo enfrente había un tabique dominado por una amplia chimenea de piedra y ladrillo a cuyos flancos se extendía una colección de objetos de tortura variados: mazas, tenazas, látigos, máscaras de cuero, etc.; Y cerrando la composición, alrededor de la boca de la chimenea una serie de fotos de niños desnudos, retratos con cierto aire artístico, pero rezumando pedofilia.

Menudo asqueroso- Gritó Coa.

- ¡Hey mirad lo que hacía nuestro amigo!-
Continuó Coa señalando la pantalla del
ordenador.

- No me lo puedo creer. Hemos pillado a este
tipo corriéndose una juerga.

Timbre.

Joder quién será- Se alarmó Jairo por un momento.

- ¡Rápido, echaros a un lado!- Murmuré. –
Jairo, a un lado de la puerta enfrente de mí-
¡Tu, perverso de mierda, pregunta quien es, y
sin alarmas innecesarias, a mi amigo le gustan
muy poco los pringados que juegan a ser
héroes!- Le ordené señalando a Abyss que ya se
le veía con ganas de pasarlo bien.

Coa estaba apuntando la entrepierna del señor
Sachetti con una recortada de cañón doble...

¿Quién es?- Dijo sin venirse abajo.

Soy Ana Isabel.

Jairo abrió la puerta e invitó amablemente a pasar a la nueva invitada. Dos golpes en la nuca y al suelo, junto a su amiguito.

- Ana Isabel Menéndez-Sáenz Pelayo. Pero si es Juez del Tribunal General de la República- Dijo Tibal hurgando en su cartera.

Todos nos miramos y comenzamos a partirnos de risa, salvo Abyss que no comprendía bien mientras se relamía una baba enorme que le colgaba de un moflete.

Pues mira, mejor. Igual hasta podemos montar una *performance* con estos dos- Dijo Coa con esa cara de aquella a la que le acaba de llegar la inspiración.

La cosa se pintaba de este modo. Llegamos a la casa de un tal Fernando Sachetti, un tipo forrado de pasta con cierto gusto por las perversiones, al que pillamos en plena faena masturbándose con unas fotos de niños en Internet. Al rato, sin darnos tiempo a asimilar toda aquella escena, se presenta una amiguita suya, quien sabe con qué intenciones, resultando ser una magistrada eminente. Ahora están los dos en el suelo intentando gritar algo así como que no sabemos con quien estamos tratando, a pesar de tenerlos en su casa amordazados, y que nos arrepentiremos, que si es dinero lo que queremos que cojamos cuanto queramos y les dejemos. Como a ninguno de nosotros nos gusta sus propuestas, y además con esos aires de autoritarismo rancio, se comen dos bofetones y se les empujados atados a un rincón hasta decidir que hacemos con ellos.

Para mí que iban a montarse una juerga esta noche.
Creo que ella quiere que el señorito se folle a su hija.
Pues para mí que...

Timbre.

- No me lo puedo creer- Dijeron Coa y Jairo al unísono.

Esta vez miramos por la mirilla. Se trataba de un tipo medio calvo con chaqueta de cuero marrón, entrado en edad, con un moreno en la perilla descaradamente teñido que lo hacía desproporcionadamente ridículo a cualquiera que la comparase con su calva.

- ¿Fernando, estás ahí?, ¿Te has comprado la furgoneta del Equipo A?-

Se abrió la puerta y una vez dentro Tibal y Erz gasearon el rostro del nuevo invitado y sellaron su boca con cinta. Aturdido, el recién llegado a la morada del señor Sachetti sólo podía llorar por el lacrimógeno y temblar ante la escena en la que acababa de intervenir. Ni siquiera intentó forcejear al ver a sus dos compinches arrodillados en el suelo,

postrados como en un confesionario, a punto de estallar de impotencia, con la boca sellada, y un enorme boxer chupándoles la cara.

- Al parecer es un comisario del Distrito 22- Dijo Jairo con los ojos fuera de sus órbitas.

- Pues ahora sí que tenemos la función al completo. Un Empresario- Señalándolo Coa con su recortada, una Juez- Siguiendo la parábola en que estaban situados. Y un Esbirro de los gordos- ¡Amigos que comience la Fiesta!- Sentenció.

Recuerdo que descorchamos una botella de vino carísimo, Gran Reserva, y cómo la espumilla caía sobre los pies descalzos de una magistrada cada vez más sudorosa. Recuerdo cómo brindamos y cómo Abyss lamía su parte de los pies de la desencajada y cada vez más descompuesta Ana Isabel Menéndez-Saénz Pelayo. Reímos, reímos, reímos... Tuvimos sumo cuidado de no dejar ni una huella, ni una pista inculpatória. A la mañana siguiente la poli solo encontraría litros y litros de baba de perro por toda

la casa, eso sí, junto a un montón de material sadomasoquista y pedófilo propiedad de los tres libertinos. A alguno se nos fue la mano y algunas partes del mobiliario se mancharon de sangre, o quizás eran manchas de vino, ¿Qué importaba?

Mientras miraba el rostro marcado por el miedo de aquellos miserables recordaba la imagen de mi padre como una asociación perfecta de antihéroe, una imagen iconoclasta que resumía el deseo de aniquilar, de reducir a cenizas aquella supervivencia cotidiana que los validos de la Sociedad llamaban Vida. Y allí estaba yo, con mi único círculo de confidentes, de compañeros, saboreando un vino inalcanzable para nuestros miserables bolsillos y disfrutando del dolor ajeno, invirtiendo los papeles de torturadores y torturados, dejando volar la fantasía, y disfrutando con ello. Aquello si era un homenaje a las últimas palabras de mi madre, un epitafio en condiciones para la muerte digna que nunca tuvo.

VII.- Aprender y Odiar/ Odiar y Aprender.

En aquella extrañamente iluminada mañana en que mis padres fueron abatidos en plena calle pasaron una infinidad de imágenes por mi cabeza: Todos aquellos viajes, lugares, gentes y aventuras de fantasía que recordaba con la memoria de la niñez que había compartido con mis viejos. Todas ellas se fueron desvaneciendo hasta enfocar justo encima de mis rodillas el rostro asfixiado de mi madre haciéndome prometer, suplicándome que prometería no acabar como ellos. Me dio una dirección y un nombre a los que debía acudir si no volvía a verlos, allí me acogerían y cuidarían todo lo posible hasta que con el tiempo pudiese valerme por mí mismo:

Eres Inteligente, sabrás llegar hasta el lugar- Resonaba en mi cabeza, una palabra detrás de otra sin comprender bien el conjunto. Hijo prométemelo, si has aprendido algo de tus padres durante estos trece años sabrás continuar tu camino. Esta gente te ayudará sin condiciones hasta que madures y puedas

elegir la vida que quieres tener. ¡Corre, Corre!- Me gritaba mientras ahogaba sus fuerzas en flemas.

Cuando logré meterme en un portal y recordar el nombre y la dirección que mi madre me había dado, rompí a llorar. Estaba totalmente perdido, confuso, sin nadie en el mundo, solo un nombre y una dirección desconocidas garantizadas por las palabras agonizantes de mi madre. Por momentos me invadía el odio y el rencor de forma desmesurada. No paraba de llorar y temblar en aquél portal. Mi primera reacción fue desahogarme contra mis padres, odiarles por no haberme dado una vida como a toda esa gente de ahí fuera, una vida normal como la llaman, por haberme abandonado de esta forma y dejarme prácticamente a mi suerte con trece años recién cumplidos. Pero me levanté, me sequé las lágrimas y escupí una flema de mocos al suelo. Salí del portal mirando al suelo y desaparecí. Con el tiempo aquel odio impenetrable y visceral se tornó en semilla de conocimiento y poco a poco fui entendiendo las verdaderas causas de la muerte de

mis padres y de aquel desenlace tan desdichado, llegando al fondo de un pozo oscuro en el que vi reflejado la silueta sin rostro de los culpables, de los verdaderos culpables. Comencé a entender la fatalidad de un mundo sustentado a base de falsas imágenes, que permitía creer en la culpabilidad de mis padres con respecto a su final, incluso creer en la Justicia del mismo. Comencé a ver y entender todo lo que me rodeaba como una espiral infinita de locura crónica, de miseria crónica, de muerte crónica. De este modo incubé el germen de la elección entre la estupidez complaciente o el rechazo de la misma mediante la sensibilidad del Odio, entre sobrevivir rodeado de muerte o beberme el vino de sus mansiones... Hasta hoy, perdido en algún lugar de la línea del horizonte junto a mis cinco compañeros, azote de la Humanidad, en los confines del mundo, esperando que todo se hunda para confirmar una sospecha de alivio y compartiendo todo eso que hemos aprendido.

